

El jardinero apasionado

RUDOLF BORCHARDT

TRADUCCIÓN DE PAULA AGUIRIANO AIZPURUA



Título original:
DER LEIDENSCHAFTLICHE GÄRTNER

Primera edición: enero 2018

© 2018 de la presente edición: Gallo Nero Ediciones, S. L.

© 2018 de la traducción: Paula Aguiriano Aizpurua

© del diseño de colección: Raúl Fernández

The translation of this work was supported
by a grant from the Goethe-Institut



La traducción de este libro se rige por el contrato tipo propuesto por Ace Traductores

ISBN: 978-84-16529-48-3

Impreso en España

Depósito legal: M-26066-2017

El jardinero apasionado

EL SER HUMANO Y LA FLOR

Sobre aquello que es un jardín no solo existen, como es lógico, tantas opiniones distintas como diverso es el ser humano, jardinero o no, sino que además de los juicios, cada grupo y época presenta sus propios prejuicios; incluso nosotros. Hay pueblos, también hoy día, para los que sus jardines son sagrados o casi sagrados, y que celebran las estaciones naturales del año de forma similar a las festividades divinas; todos los conocemos. Y en el polo opuesto de dicha adoración pagana existe la extendida superstición de que el jardín es un lujo, un quehacer caprichoso que se les disculpa a niños y a mujeres por su carácter infantil e inofensivo, un ornamento de la existencia; desde la postura más extrema de dicho polo se lo considera una ocupación de inclinaciones estéticas. Sin embargo, todas estas opiniones, interpretaciones y ejecuciones, así como todo intento de ubicar correctamente el jardín en el seno de la humanidad y la sociedad, concuerdan en un único aspecto positivo de vigencia indiscutible: el jardín se ve representado en la economía humana con cifras de tal importancia, y sus resultados, tanto en los pueblos semisalvajes como en los nuevamente embrutecidos, guarda una relación tan imperativa con el volumen de negocios total, que el jardín, sea cual fuere su naturaleza, no puede sino constituir ante todo una necesidad humana original capaz de imponerse a cualquier circunstancia, al igual que sucede con todas las demás

necesidades primordiales como el rezo, la bebida o el amor. Que los ricos beban champán y borgoña no convierte en lujo el ron de los marineros o el licor de buena mañana de los carreteros. Que hombres aburridos de la alta sociedad únicamente jueguen con las mujeres, tal como se afirma, no es en absoluto determinante para el joven obrero que corteja con insistencia a su amada al abrigo de la oscuridad. Hombres gruesos de mediana edad recién llegados del trabajo riegan las petunias azules del alféizar de la ventana de su sexto piso interior mientras comprueban si han brotado ya los clavelones de la cajita de puros y, además, cuidan de sus plantas sin ceremonias —al contrario que muchos de sus semejantes, que se asoman a muchas de sus ventanas para podar ligeramente sus geranios o fanfarronear de sus resultados de balcón a balcón—; hay más verdad sobre el jardín de la humanidad en esos hombres que en los modernísimos jardines de arbustos prefabricados por el paisajista para el hombre próspero, o en los arriates de flores del burgués de provincias, o en la orgía material del derrochador en tintes que se pierde en el horizonte como a brochazos en tonos lilas o amarillos. Naturalmente existe el lujo, el capricho, el simple juego y la manía extrema, ¿cómo no? ¿Hasta qué punto no prueba esto lo contrario de lo que debería demostrar? ¿Dónde nace una insensatez semejante a la que florece en los márgenes de la profunda sensatez y de la pasión? Si el jardín y el amor fueran divertimentos, un hombre metódico nunca habría plantado anémonas de tierra en forma de P Y H, ni Malvolio se habría atado las jarreteras cruzadas.

La humanidad nació en un jardín. La mayoría de lo que le ha acontecido desde su origen guarda relación con sucesos que podrían considerarse una profanación del jardín en un sentido profundo que de hecho no es único, sino doble. La violación de

las leyes del jardín por comer los frutos simbólicos resulta automáticamente en un uso más cuestionable aún de la hermosa vegetación con fines materiales, en este caso la efímera vestimenta. Tras la expulsión del jardín y el destierro al mundo de los campos de cultivo y el parto doloroso, la existencia humana inicia una cadena interminable de exilios de más y más jardines. A cada una de las expulsiones le sigue, al obstinado ritmo de la voluntad humana y en cualquier descanso del cultivo y el parto, la resolución de reconstruir el paraíso para la siguiente expulsión (ya sea en la ventana de un sexto piso interior) y de provocar al ángel de la espada flameante. Disponemos de suficiente información acerca del jardín que vio nacer a la humanidad para hacernos una idea de su estructura física. Como todo producto humano primigenio, se trataba de un conjunto completamente simétrico, geométrico para ser más exactos. Toda acción humana se inicia porque el espíritu humano es en realidad hálito divino, a modo de orden, y debe convertirse de nuevo en orden a través del desorden dispuesto por Dios. El jardín del Edén era un terreno cuadrado, regado y dividido simétricamente por una cruz de cuatro ríos que nacían en su centro. También conocemos las especies que crecían en él lo bastante para saber que dos de ellas, el Árbol de la Vida y el Árbol de la Ciencia del Bien y del Mal, han desaparecido de los cultivos; en cambio, una planta que hoy en día sigue cultivándose de forma generalizada ya proveía entonces al ser humano de dos de sus amarguras más antiguas: el hambre y la vergüenza. No es gran cosa, pero es bastante, y es extraordinario en comparación con lo que sabemos realmente de Adán y Eva. Es lógico, ya que de los seis días de la Creación —cinco en realidad, dado que el ser humano, como continuador de la Creación, acaparó el sexto—, se dedicó uno

entero a crear un jardín con sus árboles, flores y hierbas. Recibió la misma dignidad y majestuosidad terrenal que la separación entre la luz y las tinieblas.

Dejemos las bromas piadosas y amargas a un lado. El sueño y el recuerdo, el deseo y la esperanza, la metáfora y la alegoría del ser humano son como jardines. La humanidad los crea para hacer realidad, de forma duradera o transitoria, aquello que se le aparece como un anhelo insaciable, un mundo que se le ha negado. Un jardín es un lugar del que uno solo puede ser expulsado, ¿por qué lo abandonaría si no? Es aquello que nos aguarda «más allá», el Paraíso, los Campos Elíseos, el Jardín de las Hespérides. Para Homero se trata de un elemento descriptivo del prado por el que se desliza la sombra de Áyax, un adjetivo oscuro. Los griegos enseguida lo adoptaron como nombre de flor y desde entonces alguna que otra inflorescencia rígida y melancólica se conoce como asfódelo sin motivo real. En el Jardín de las Hespérides, las manzanas de los árboles son de oro puro como en los cuentos, mucho antes de que la naturaleza cediera a las exigencias que se le habían dictado e hiciera venir naranjas de China. El *Hipólito* de Eurípides relata con dulzura que los espíritus de aquellos que jamás incumplieron su palabra en vida pasean por un prado de alegría cuyas flores no se inclinan ni rompen bajo sus pasos; a las promesas cumplidas les florece un jardín eterno. La isla de Calipso es un jardín porque Ítaca, una mujer deshecha en lágrimas, un hijo abatido, un padre deshonorado, rebaños de cabras y cerdos y una guardia noble no son precisamente un jardín, sino el drama de la vida: a partir del sufrimiento apasionado surge su fervor opuesto, el jardín, en el que el amor inmortal que jamás derramará lágrimas satisface por sí mismo al poderoso sufridor, mientras que la creación artística

del hermoso bosque, cuyos árboles se mencionan nombre por nombre, rodea el lecho del olvido; la pasión que ha creado y cultivado este jardín produce a partir de sí misma la imagen opuesta de la añoranza por el mundo causal, el humo de la amarga patria. Ambos universos, polarizados, se orientan el uno contra el otro, y entre ambos surge el drama del ser humano dividido. Eso mismo serán los jardines de Kundry y Armida en tiempos futuros en los que no podrá contraponerse a la tierra ningún otro elemento proscrito que el cielo; el deseo inconfesable, el pecado, también tendrá el aspecto de un jardín.

Al fin y al cabo, el jardín, un orden del alma humana y semejante al orden de los demás espíritus, se ordena en función del alma completa y no parcial, del alma activa y no perezosa, y no conoce meapilas estéticos, a excepción del paseante, a quien no censura actitud alguna: el jardín busca al jardinero. La pasión que permite al jardín desligarse de la fantasía para someterse a la realidad no surge de la saciedad de ensueño, sino de la saciedad de sufrimiento, del reconocimiento sincero de la realidad que presenta el universo de los malvados, de la pausa en el drama de la lucha contra este mundo. Cristo también es jardinero, no solo en la parábola del sembrador que sale a plantar su semilla, en la del grano de mostaza, ni en la de los lirios que no trabajan ni hilan, cuando ni siquiera Salomón, con toda su gloria, fue vestido como uno de ellos. La última batalla entre el creador y la criatura, de espíritu inmortal, no se libra en una sala, sino en un jardín. Un pueblo piadoso ha imaginado lo que podía crecer en el Edén. Ninguna mirada ha osado soñar qué flores de Pascua aplastó el arrodillado en Getsemaní: el simple hecho de que el universo de su dolorosa despedida fuera un jardín es producto de la misma fantasía que lo hizo regresar de la muerte como jardinero ante

las tres Marías con la pala al hombro y el cesto en las manos. A partir de ese momento florece la gran metáfora según la cual el alma humana es un jardín sometido a los cuidados severos y fervientes de Dios. El corazón del hijo de la tierra está plagado de malas hierbas y Él las arranca; el corazón del inocente es un espacio piadoso y humilde lleno de orgullo sosegado y delicado perfume; pero el corazón de la virgen, del extravío del mundo, de la preparación para el ideal del mundo es el nuevo modelo de jardín, en el que nada llama la atención salvo el misterio de su clausura —*hortus conclusus*—. El portón sellado se alza entre la floración intuida de la madurez y la mirada indiscreta. El deseo ha formado un círculo interno dentro del externo, en el que se piensa fuera del mundo, fuera del lugar donde todas las puertas quedan entornadas, y donde el alma tiene miedo del contacto con todo lo terrenal. Lo único puro es ya lo frondoso, y todo aquello que no es puro es jardín. El carácter cristiano de estas imágenes no es más que uno de sus aspectos. Quien lucha en la batalla de la redención por el mundo impuro no es el único que acaba como jardinero; su histórico oponente, el atleta vestido de púrpura del último combate por el orden del imperio, recorre el mismo camino pasando por el objetivo terrenal cumplido en su senda hacia el deseo contraterrenal. El emperador Diocleciano se retira del mundo reordenado por él mismo para ejercer la labor de jardinero en su jardín de Spalato, y aquellos que lo miran de refilón desde la lejanía ven al terrible y rudo anciano, que tantas duras guerras ha librado y tanta sangre ha derramado sin remordimientos, inclinado sobre sus plantas día tras día en sus ropas de trabajo para sembrar, plantar y regar. El mundo en su conjunto ya no es más que un lugar salvaje; aquello que no es el mundo no puede ser otra cosa que jardín.